

EL PERFIL FACIAL EN LOS DIBUJOS GROTESCOS DE LEONARDO DE VINCI

por el

Dr. Carlos Ribera Sanchiz

De la Academia de San Fernando

Si hojeamos cualquier libro de arte que contenga reproducciones de los cuadros y dibujos de algún gran maestro de la Pintura, será raro no encontrar entre ellos algunas figuras grotescas, rostros de rasgos deformes o exagerados, cuerpos extraños, monstruosos o simplemente formas imagi-



nadas, con una relación más o menos lejana con la morfología normal del cuerpo humano.

Algunas de estas producciones, por el acierto estético y la frecuencia con que aparecen en sus obras, han llegado a caracterizar fuertemente la personalidad de sus autores, como ocurre con Goya, Brenghel o el Bosco.

Sin embargo, en estos grandes artistas el dibujo caricatura o el cuadro grotesco encierra, por lo general, una intención alegórica o satírica; es el arma moral del pintor, que se vale de ella para censurar las costumbres o fustigar la hipocresía de la sociedad.

En los caprichos de Goya se encuentran a centenares escenas y figuras caricaturizadas, que son, junto a los breves e intencionados comentarios escritos, sarcasmos sangrientos que le inspiran al artista la contemplación del espectáculo social y la frivolidad moral de sus contemporáneos.

No es éste el caso, verdaderamente excepcional, de Leonardo de Vinci, el artista genial, prototipo del Renacimiento. Dentro de la totalidad de su obra artística e intelectual, los dibujos tienen una significación mayor que en cualquier otro pintor; el dibujo, manejado con maestría no igualada, es para Leonardo el instrumento más eficaz y activo para el ensayo, y ya sabemos que Leonardo de Vinci se pasó su vida entera observando, ideando e imaginando proyectos de todo género y en todos los terrenos del saber humano, aunque en muy pocos casos estos proyectos llegaron a ser una completa realidad.

Es Leonardo de Vinci el artista que probablemente ha ejercitado con más persistencia e intensidad la observación de la Naturaleza; en sus escritos llegó a plantear la moderna teoría física del color, siendo, en realidad, el precursor de los pintores impresionistas con tres siglos de antelación; en los fondos de sus cuadros supo perfeccionar la idea de la perspectiva aérea, y llevó el Arte, en las escasas obras que terminó por completo, a una altura de perfección y armonía que el mundo no conoció desde los tiempos de la gran escultura clásica griega.

Pero las obras ponderadas, serenas y equilibradas son raras en Leonardo; su inquieto temperamento, lleno de una cu-

riosidad ávida e infatigable, le empujaba en todas direcciones, siendo frecuente y casi lo normal en él abandonar lo apenas comenzado para ahondar en cualquier otra materia o actividad absolutamente opuesta.

Todo en el arte de Leonardo refleja esa expansión fáustica del saber y del sentir, que en mayor o menor grado fué patrimonio característico del hombre renacentista; la luz, el



aire, el movimiento humano y el de los animales, la anatomía estática y dinámica, las plantas, todo es objeto de estudio, observado con curiosidad e intentado en infinitos ensayos; fijar sus leyes estéticas y científicas.

Leonardo—y esto es esencial—es ante todo un genial estilista; aquello que tocaba, fuera en escultura, pintura, música o ingeniería, adquiría inmediatamente el sello inconfundible de su personalidad.

El carácter en los rostros, en los ropajes o en sus paisajes, y hasta en esos curiosos y complicados proyectos de máquinas

guerreras, es captado por el gran artista florentino y expresado con una extraordinaria claridad y firmeza.

En sus dibujos, las cualidades clásicas de su temperamento están bien marcadas: lo indeciso queda eliminado; la observación es certera, y su manera de resolución, sobria, directa y concreta.

Claro que esto no impide que el elemento imaginativo entre en gran parte en la obra de Leonardo, y aunque a primera vista pudiera parecer esto una contradicción—la observación constante y fiel del natural y la creación de figuras imaginadas—, no lo es más que en apariencia, puesto que el artista, desde un punto de vista absoluto, es incapaz de imaginar. Quiero decir que hasta lo más absurdo y disparatado ha de estar compuesto de “materiales” primordialmente observados en la Naturaleza, y hasta ocurre con frecuencia que la imaginación se anticipe en sus creaciones a la observación consciente del natural, y entonces puede hacerse realidad la famosa paradoja de que la Naturaleza copia al Arte.

Ciñéndonos al caso concreto de las cuatro caricaturas de Leonardo de Vinci que ilustran este artículo, veremos cómo el artista, sin ninguna duda, para conseguir el máximo efecto grotesco y deforme, se fija principalmente en las proporciones y morfología de la boca, maxilares y labios. Ni la frente, ni los ojos, ni siquiera la nariz, a pesar de sus líneas extraordinariamente forzadas, no logran el efecto monstruoso tan absolutamente como la deformación de la boca.

Hay que observar que en los cuatro dibujos ocurre lo mismo, y en esto Leonardo acertó como siempre; su infalible buen gusto y su ojo, tan habituado a penetrar en la Naturaleza, centra en la boca y la región que le rodea la clave de la armonía total del rostro.

El arte es el reflejo de la vida, y en cierto modo su explicación; he aquí que viendo estos maravillosos dibujos de Leo-

nardo se demuestra una vez más que la perfección funcional y la belleza siempre van unidas; si es tan conveniente, desde el punto de vista fisiológico, la debida proporción y morfología de la boca y maxilares, también es esencial para que un rostro pueda llamarse verdaderamente bello.

*La moral tiene por objeto dominar el
instinto del desorden, halago del momen-
to, pero ruina de las cosas comunes de
que se nutre el bienestar social.*

MINGUIJÓN